

Nacida en Valencia el 2 de diciembre de 1933
Hijo de Manuel “Tío Pansa” y de Vicenta de “los Mundos”
Tiene tres hijas
Ama de casa
Casada con Pepe Granero, motorista del
Tancat de Zacarés durante más de sesenta años

No ha sido fácil encontrar algunas mujeres que realizaran labores diferentes a las de llevar su propia casa ya que, en el siglo pasado, las mujeres se dedicaban a sus maridos y a sus hijos.

Por eso, la posibilidad de entrevistar a Vicenta Soto me pareció una opción tan interesante ya que ella y su marido, Pepe Granero, estuvieron viviendo con sus tres hijas en el motor de Zacarés durante más de sesenta años.

Ella me contó lo difícil que era estar viviendo allí y las pocas comodidades que tenían. Cada día llevaba a sus hijas al colegio de El Palmar perchando en la barca. Nunca, a lo largo de esos sesenta años tuvieron un baño en la casa y se calentaban en invierno con el calor que desprendía el propio motor de riego del *Tancat de Zacarés*. No hay que olvidar que el motor se conectaba a todas horas en función del nivel del agua de la acequia, que era de gasoil y que hacía mucho ruido.

Vicenta Soto Soler



Entrevista en vídeo







No solo en el entorno de la Albufera sino que en cualquier lugar rural existen historias de superación y de esfuerzo que, por lo menos a mi, me siguen impresionando y llamando la atención.

El caso de Pepe Granero y de su mujer Vicenta Soto es una de esas historias que cuando las oyes piensas que son cosas de otras épocas y nos cuesta situarlas en nuestros días.

Ellos son uno de esos matrimonios que, en un momento de su vida, decidieron aceptar el ofrecimiento de irse a vivir a un motor en el borde del lago. Llegaron al motor de Zacarés hace casi setenta años y estuvieron viviendo allí más de sesenta de ellos en condiciones difíciles de imaginar, sin un baño, utilizando la acequia para todas sus necesidades, sin agua corriente, trayéndola desde Sollana, calentándose con el calor que desprendía el propio motor, sin carreteras y sin ninguna comodidad de las que tenemos en nuestros días.

La entrevista se la realicé a ella ya que él en estos momentos no se encuentra muy bien de salud y ella mismo prefirió que no lo grabara en video.

Les ofrecieron ir a vivir allí y se trasladaron una mañana desde el Tremolar, donde vivían, en una barca que le prestaron con dos niñas que apenas contaban unos años. Incluso una era tan pequeña que llamaba al lago "la puntera". La tercera hija del matrimonio nació ya viviendo allí.

◀ Vicenta Soto en su casa de Sollana

Llegaron al motor y no había tejas, no había luz y no tenían de nada. Entonces Pepe les dijo, esperaros aquí que volveré en un rato. Cogió la escopeta y un *rall*, una red de pesca y salió por el lago. Volvió un par de horas más tarde trayendo varias lubinas, un pato y nos dijo *esteu tranquiles filles que no patireu mai mes*, para tranquilizarlas diciéndoles que no padecerían nunca más.

En el propio pueblo de El Palmar y en el resto de los pueblos que rodean al lago, era muy común ir a comprar a lo largo de todo el año de fiado ya que los ingresos de los pescadores y de los agricultores se producían solo un par de veces al año y esos eran los momentos de pago y de ajuste de cuentas.

En El Palmar, el Tío Vicente, el del estanco, y en Sollana el Tío Toledo le fiaban siempre a Vicenta lo que necesitaban en el motor para llevar su vida adelante.

Ella misma, mientras su marido trabajaba en el motor o en los campos de la zona de Zacarés, cogía la barca y perchando, ya que las barcas no tenían motor en aquella época, llevaba a su hijas al colegio que se encontraba en El Palmar. Iban, si no llovía, ya que todo estaba inundado por la *Perelloná* de invierno y existían muchos pasos entre los grandes *tancats* de la zona, pero la dureza de ir perchando cada día es difícil de imaginar. Le debía costar por lo menos una hora de ida y una de vuelta.

Las niñas comían a mediodía en el propio pueblo de El Palmar, cerca de la escuela, y por la tarde, ellas solas caminaban un trozo grande, hasta la zona de la carrera de la Reina donde su madre iba a recogerlas ya que no podían seguir porque en algunas de las casas soltaban algunos animales. Su cuñado, que también trabajaba en un motor cercano, en casa del Tío Foro, también tenía dos hijas y hacía los mismos viajes, por lo que decidieron ir turnándose para recoger a las cuatro niñas y llevarlas a casa.

En invierno, por el frío y la humedad, era muy pesado llevarlas al colegio pero se obligaban y las llevaban, ya fuera ella misma, su cuñado o su marido antes de comenzar a trabajar. Para ellos, llevar a las niñas a la escuela era muy importante.

La propia Vicenta sabía que en su casa eran muy pobres, que provenían de una familia muy humilde, que apenas tenían un campo pequeño de tierra de dos o tres hanegadas y un toro al que iban a darle de comer. Recuerda que hacían semillas de algarroba y las enviaban donde fuera para obtener algún ingreso extra.

Lo que más me llamó la atención de toda la conversación que tuvimos aquella mañana en su casa de Sollana fue el sentimiento de agradecimiento que le tiene al propio motor, no a las personas que la contrataron para trabajar allí, sino al motor. Ella me transmitió que le está muy agradecida ya que todo lo que tiene en esta vida ha sido gracias a trabajar allí.

Ella siempre quiso tener una casa en el pueblo de Sollana para que sus hijas no se mezclaran con todos los hombres que iban por el motor y que tenían una forma de hablar que ella consideraba inapropiada para ellas. Pidieron un préstamo en Sueca para empezar a pagar una casa y con el primer dinero que consiguieron por el cultivo de un pequeño campo se fueron al pueblo y empezaron a amortizar lo que les habían prestado, haciendo entregas a cuenta de la deuda total.

En aquella época, el agua del lago era limpia y estaba cristalina. La utilizaban sin problemas ni riesgos y se pescaban muchas lubinas, muchos *llobarros*, tantos que para no desaprovecharlos se colgaban en las casas para secarlos y poder utilizarlos más tarde.

No había wáter, no tenían agua corriente, para todas sus necesidades utilizaban agua de la acequia y no tenían grifos para abrir o cerrar el paso del agua, no existían. El agua la traían en bombonas desde El Palmar o desde Sollana. En verano se metían en la acequia para lavarse y en invierno ella me explicó cómo calentaban agua para ducharse.

Algunas cosas no las valoramos hasta que no las tenemos y una de esas cosas, que debía ser casi un bien de lujo en esa época era la leña,

que era utilizada para poder cocinar. La leña era difícil de conseguir ya que en el entorno del lago apenas hay árboles. Tenían que utilizar mansega, cañas o ir a la Devesa a por algunos troncos.

Prácticamente comían siempre pescado, cocinado de muchas maneras. Solía hacerlo en una olla pequeña, ponía varios trozos de col, los sofreía y cuando lo tenía preparado le añadía una llisa y algo de arroz para hacer un arrocito de pescado. Con las anguilas hacía un *suquet*.

Parte de lo que pescaban lo llevaban al Tremolar perchando en la barca para venderlo y sacarse un pequeño sobresuelo. Con ese dinero se compraron la primera nevera que era una de las cosas que de verdad Vicenta necesitaba para que los alimentos no se deterioraran. Cuando tuvo eso y la televisión ya no necesitó nada más.

Aunque le está muy agradecida al motor también me dijo que la vida allí fue muy dura, que era muy pesado vivir allí, sobre todo por las carencias que existían en aquellos años, como la falta de comunicación. Ahora dice que no es lo mismo, que ahora hay carreteras, se puede entrar y salir sin problemas y existen coches para ir por ellas, antes no tenían ni una cosa ni la otra.

El vivir y trabajar allí les ha permitido casar a sus tres hijas y casarlas bien casadas, situación que a ella le llena de orgullo.

Para ver al médico en aquellos años, Boro lo llevaba en invierno en la barca hasta el *Tancat de Zacarés* y, si hacía falta, se desplazaban hasta el pueblo de El Palmar en verano cuando el tiempo era mejor.

Utilizaban todos los recursos que tenían a su disposición y en el poco terreno del que disponían en la propia mota de separación con la acequia plantaban algunos tomates y algunos pimientos para el consumo de casa. También colocaban algunas redes y algunos *mornells* para coger cangrejos de río que Pepe llevaba hasta Mercavalencia a vender un par de veces por semana porque tenían un comerciante que se los quedaba todos.

Me imagino que tuvo que ser muy dura la llegada allí, a un entorno casi hostil y carente de todas las comodidades que tenemos en estos



momentos. Vicenta no sabía guisar cuando llegó allí y aprendió sobre la marcha con la práctica.

Le preguntaron muchas veces por qué no se hacía allí un wáter para ellos, o para la gente que iba a visitarlos y ella nunca quiso porque si lo hubieran hecho habría desaguado en el lugar donde ella cogía agua limpia para cocinar y no quería tener allí un foco de olores y de porquería. Cuando le pedían un baño ella les indicaba que tenían toda la marjal para hacer lo que necesitaran y la gente se quedaba un poco sorprendida de que vivieran en esas condiciones.

Me dijo, *hem patit, perquè aixó es patir*, esta vida es pesada, pero que se acostumbraron a esa forma de vida. Incluso se calentaban durmiendo

muy cerca del motor, aunque este hiciera mucho ruido cada vez que se conectaba para mantener el nivel de agua de los campos.

Una vez terminada la entrevista, me di cuenta de que todavía le quedan heridas del pasado, ya que sigue teniendo la nevera y el congelador de su casa sobre una tarima de obra a más de cincuenta centímetros de altura sobre el suelo. Cuando le pregunté por qué era así me contó que la *pantaná de Tous*, la rotura de la presa y la inundación que hubo en toda la zona le pilló una vez y le estropeó todos los electrodomésticos pero no le pasará de nuevo, los tiene en alto como medida de precaución, si el agua vuelve a llegar a ella le pillarán prevenida y preparada para no volver a perder sus comodidades. ☒